



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Devoto, Fernando J.

Para una reflexión sobre Tulio Halperin Donghi y sus mundos



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Devoto, F. J. (2015). Para una reflexión sobre Tulio Halperin Donghi y sus mundos. *Prismas* 19(19), 11-34. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2893>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

*Para una reflexión sobre Tulio Halperin Donghi y sus mundos**

Fernando J. Devoto

Universidad de Buenos Aires

Al intentar una reflexión acerca de Tulio Halperin Donghi y su lugar en la historiografía Argentina, pronto se hace evidente lo dificultoso de la empresa y varios obstáculos se hacen inmediatamente visibles: el primero es que no hay casi tema o período de la historia y la historiografía argentina acerca del que Halperin no haya escrito o dado su opinión en su extensísima obra, y a ello hay que agregar todavía sus muy abundantes estudios sobre el pasado latinoamericano y también, aunque menos frecuentes, sobre la historia europea. El segundo es que esas reflexiones se desgranaron en un dilatado lapso temporal de alrededor de sesenta y cinco años en los cuales variaron no poco sus propias perspectivas sobre sus temas de investigación tanto como los contextos en los que fueron formuladas y con los cuales dialogaron. Variaciones paralelas de los procesos históricos y de las formas que los historiadores prefirieron para aprehenderlos. El tercer problema es que recién está en sus comienzos la recolección de la correspondencia, a más de la disponible en su archivo personal y depositada por su voluntad en la Universidad de Berkeley, que es de imaginar extensísima y cuya compulsión ayudará en mucho a explorar las oscilaciones de su pensamiento del mismo modo que lo haría la posibilidad de compulsión de los manuscritos de sus trabajos y su biblioteca personal. En cambio, Halperin dejó numerosos testimonios voluntarios en forma de entrevistas o de unas admirables memorias, las que son de gran importancia, en especial para comprender los contextos en los que realizó su trabajo pero algo más problemáticas para indagar su propia obra, ya que reposar plenamente en ellas obliga a sustituir la propia perspectiva por la que el mismo Halperin propuso sobre sí mismo, lo que de ser asumido eliminaría toda posibilidad no solo de una reflexión crítica sino incluso de cualquier interpretación alternativa a la suya. Otras dificultades son más personales: un historiador al que conocí y leí como todos abundantemente, con el que conversé largamente tratando de descifrar su pensamiento historiográfico, siempre me ha dejado la sensación de haber logrado escapar indemne a los esquemas que sucesivamente he intentado construir sobre su obra. Es de temer que esta reflexión tampoco resuelva el problema y que nuevamente él logre eludir mi intento de interpretarlo plausiblemente.

* El autor desea agradecer a Maurice Aymard y Walter Barberis por las generosas gestiones para poder consultar el Archivo de la Editorial Einaudi depositado en el Archivo di Stato di Torino y a la Dra. Luisa Gentile por haberlo orientado en los legajos del mismo. Asimismo, especialmente a Vania Markarian por haberle facilitado el acceso a las cartas entre Juan Oddone y Tulio Halperin depositadas en el Archivo General de la Universidad de la República (Montevideo).

Por todo ello prefiero que estas palabras sean vistas apenas como unos apuntes provisionales para reflexionar sobre Halperin y no como un intento de brindar una “justa”, si es que eso fuera posible, o integral interpretación de su figura como historiador. Apuntes que parten y asumen, desde luego, una de las múltiples perspectivas posibles y que aspiran menos a dilucidar la importancia y perdurabilidad de sus aportes a tal o cual tema o la validez de sus interpretaciones, en el estado actual de los conocimientos disponibles o de los consensos académicos en torno de ellos, que a rastrear lo que quizá podríamos llamar condiciones de posibilidad de su obra a la vez que tratar de esbozar rasgos de su módulo historiográfico. La reflexión sobre las condiciones intentará ser no solo algo centrado en las propuestas de un historiador como si operase en el vacío sino también sobre las posibilidades que brindaron y las constricciones que pusieron los contextos, temporales y espaciales. Finalmente, quisiera hacerlo, siguiendo los consejos implícitos que el propio Halperin brindó con sus reflexiones o con el mismo ejemplo de sus obras, dejando sus contornos algo borrosos o inciertos y tratando de eludir la tentación de unir todos los puntos en un sistema.

1 ¿Qué hace a un historiador excepcional un historiador excepcional? Cualquier indagación puede comenzar por explorar las posibilidades que en un momento histórico concreto, un específico contexto familiar, social, intelectual puede brindar. Esa exploración no debe hacer olvidar que en un historiador excepcional, como lo era Halperin, los factores estrictamente personales, el talento personal, individual e intransferible, nunca pueden ser soslayados aunque sea difícil ir más allá de constatar que esa dimensión es tan real como difícilmente predicable. Más sencillo es explorar aquellos contextos a la búsqueda de los elementos que podían valorizarlo. En este punto, sus memorias son de una ayuda inestimable, en lo que dicen y en lo que sugieren.

Tulio Halperin nació en Buenos Aires en 1926 en el seno de una familia de clase media, por emplear un término tan impreciso como económico descriptivamente, de origen inmigrante. Sin embargo, muchos datos provistos por sus memorias sirven para perfilar no tanto lo que los Donghi y los Halperin pudieran compartir con otras familias de ese tipo demasiado genérico, sino los aspectos tan claramente específicos de los mismos dentro de él.¹ Sus padres, ante todo, optaron y pudieron residir casi siempre en el eje norte de la ciudad (Santa Fe-Cabildo) y las descripciones de la sociabilidad que traen los recuerdos de Halperin muestran cuánto ella será más amplia en esos espacios que en los que brindaban otros precedentes. Agreguemos otro dato: a la hora de buscar ámbitos educativos sus padres, tras una primera opción por la enseñanza pública, en la que ellos se habían formado, prefirieron los institutos privados y dentro de ellos algunos de los ámbitos escogidos eran más usuales para los sectores acomodados, a los que quizá los ingresos familiares no habilitarían en principio sin cierto esfuerzo, que para una familia de clase media más convencional. Tal el caso del jardín de infantes que el Jockey Club había instalado en los bosques de Palermo o la Escuela Argentina Modelo, en pleno corazón del barrio norte, que era frecuentado por familias de buena posición económica (y no tan diferente, aunque más matizado, iba a ser el ambiente de la primera división de

¹ Tulio Halperin Donghi, *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, en las que me he basado para la reconstrucción del ambiente formativo de Halperin.

la mañana, la de los “recomendados” del Colegio Nacional de Buenos Aires en el que iba a proseguir sus estudios secundarios).² Desde luego que en esas elecciones paternas podía y debía primar la opción por una buena propuesta educativa pero no era menos cierto que también implicaba abrir esa sociabilidad más hacia arriba que hacia abajo (términos bastos empleados con propósito apenas descriptivo). Todo ello muestra hasta qué punto era posible el ascenso social para dos profesores en la Argentina de esas décadas como cuánto el mismo moldeaba un estilo de vida en el cual toda la convención de los cuidados buenos modales y estilos estaba sólidamente implantada (y basta haber conocido a Halperin u observar las fotografías que acompañan sus memorias para percibirlo con nitidez). De ese modo, esa sociabilidad de los años de la infancia y de la adolescencia era parte de un núcleo familiar socialmente bien establecido, sin holguras pero con ciertas posibilidades no al alcance de todos los que suelen ser incluidos en esos ámbitos sociales, del viaje a Europa a la casita de veraneo en una Punta del Este desde luego bien diferente a la actual. Ámbitos que quizá no iluminen en mucho al futuro historiador pero sí colaboraron, como el mismo nunca negó, en construir una particular y específica mirada sobre una Argentina que bien podía haber sido otra, de haber sido tamizada por experiencias diferentes, y desde luego muy otra de haber transcurrido en otro lugar del mundo euroatlántico más sometido a las dramáticas experiencias que lo surcaron en esa época. Es que los años comparativamente apacibles que presenta la Argentina de entonces indican hasta qué punto la “tormenta del mundo”, que azotaba con tanta fuerza en otros contextos, lo hacía de forma más atenuada en la Argentina, aunque desde luego rasgos de la misma estaban presentes en las acciones públicas y omnipresentes en los debates intelectuales locales. Esa cierta idea de la Argentina que parece haber emergido en sus años juveniles y perdurado en él por un buen tiempo, quizá vista como la culminación finalmente exitosa de una complicada historia secular, podía incluir, a la vez, tanto una cierta sobrestimación de las potencialidades del país como de que todo lo que en él ocurría podía leerse en una clave más cercana a la comedia y la sátira que a la tragedia. Y aunque, desde luego, esos contextos son siempre imprecisos y porosos y además se han alzado prestigiosas voces reclamando para las reflexiones de un historiador, como para las obras de los grandes artistas, un derecho de extraterritorialidad y extratemporalidad (de Ranke a Kracauer con argumentos distintos), no es la vía que hemos decidido seguir aquí. Esta tratará de estar más atenta a la idea del “compromiso con la situación y con la temporalidad”, con la cual el mismo Halperin, al menos en relación con la segunda, fue siempre concorde, como trataremos de argumentar.³

Ciertamente a la hora de reflexionar sobre el ambiente familiar y su formación como historiador un lugar mucho más significativo lo ocupa la dimensión intelectual. En esa familia de letrados que evocó hace poco con eficacia Roberto Cortés Conde, Halperin pudo encontrar riquísimos estímulos, ya desde la conversación cotidiana, y un humus de lecturas y reflexiones en el espacio vasto que iba de la literatura a la historia y de esta a la filosofía. Ese mundo, fuese en torno a los clásicos, fuese en torno a otros ámbitos, giraba, en especial pero no solo, en torno a una tradición intelectual: la italiana que de Gian Battista Vico a Francesco De Sanctis y de

² Alicia Méndez, *El Colegio. La formación de una elite meritocrática en el Nacional Buenos Aires*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013, pp. 53, 91 y 238.

³ Sigfried Kracauer, *Prima delle cose ultime*, Casale Monferrato, Marietti, 1985, pp. 54-55 [trad. esp.: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2010]; Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 173-203.

este a Benedetto Croce, que tanto había hecho para revalorizar a sus dos predecesores en los debates antipositivistas de comienzos del novecientos (como luego lo haría en otra clave Antonio Gramsci, para quien incluso De Sanctis representaba el modelo de crítica literaria de la filosofía de la praxis), constituía el linaje mayor del idealismo meridional peninsular y el acervo intelectual si no más significativo, sí más recurrente de su familia. Presencia que se poblaba asimismo de otros referentes que en esa cultura italiana se habían formado: de Francesco Capello, el admirado profesor de griego de sus padres, a otro profesor exiliado con el cual el mismo Halperin tuvo una gran amistad, Giovanni Turin.⁴ Esa presencia italiana no debe sin embargo hacernos olvidar que el ambiente en que se movía la familia de Halperin era plenamente cosmopolita en lecturas y vínculos. Basta indicar entre estos últimos los nombres de Américo Castro, Amado Alonso (y la presencia de España como tema y problema iba desde luego a crecer desde la guerra civil), Raimundo Lida o Pedro Henríquez Ureña (y más acá, otros nombres como Roberto Giusti, José Luis Romero o Eduardo Mallea).

Ese desordenado y algo arbitrario elenco de nombres, al que podrían agregarse otros que desplegaban sus actividades en ámbitos como el Instituto Nacional del Profesorado o el Colegio Libre de Estudios Superiores, no dice mucho si no podemos encuadrarlos en lo que implicaban y en lo que posibilitaban. Implicaban, ante todo, una colocación bien precisa en uno de los espacios prestigiosos, si no el más prestigioso, de la cultura argentina de entreguerras. Esa cultura podría rotularse de muchos modos, todos insuficientes: laica, liberal, progresista, antifascista, aunque se delimitase mejor por sus oposiciones que por sus contenidos. Un espacio que paulatinamente iría densificándose a la par de los conflictos que dividían crecientemente ese campo desde la guerra civil española, por lo menos, y que a la contraposición fascismo/antifascismo iba a agregar luego la de peronismo/antiperonismo. Divisiones enconadas y perdurables que iban a reforzar las solidaridades de un espacio en origen más heterogéneo, solidaridades que como todas implicaban posibilidades pero también bloqueos y vetos. Halperin iba a beneficiarse de las primeras más que padecer los obstáculos de los segundos y las lealtades requeridas que emergían de esa colocación como de cualquier otra y con las cuales, al igual que con otras más tardías, fue siempre en lo personal muy consecuente, aunque no siempre lo fuese intelectualmente, parecen haber sido en él mucho más autoimpuestas que exigidas desde fuera. Y a esa independencia intelectual contribuía el carácter heterogéneo de sus lecturas, la ausencia de un maestro o de una tradición excluyente y un cierto aire de irreverencia que connotó durante mucho tiempo su forma de intervención en el debate de las ideas. Baste recordar, por ejemplo, cuánto su *Echeverría* tomaba distancia de las tantas versiones canónicas y ejemplares que se publicaron en 1951 en el ámbito de la cultura antiperonista.⁵

En cualquier caso, ese mundo intelectual venía a articular aun con más fuerza y pertinencia aquellas experiencias sociales antes aludidas en su mirada sobre la Argentina. Empero, más que detenernos de nuevo en ella, es quizá más útil observar aquellas posibilidades o recursos que esa colocación le brindaba. Ellas iban desde el acceso a interlocutores cuya excelencia intelectual podía aprovechar hasta las opciones que ellos mismos, u otros con ellos vinculados, brindaban para acceder a publicar sus trabajos en los lugares más prestigiosos del ámbito argentino

⁴ Además de las referencias sobre Turin que hay en sus memorias, véase el cálido elogio en Tulio Halperin Donghi, "Storia e storiografia dell' America Coloniale Spagnola", *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 1, 1964, p. 5.

⁵ Cf. Tulio Halperin Donghi, *El pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.

e hispanoamericano. Va de suyo que Halperin mostró desde sus primeros trabajos históricos un talento inusual y excepcional, pero que pudiera publicarlos en las páginas de *La Nación*, en *Cuadernos Americanos* o luego en *Imago Mundi* o en *Sur* no era algo, al menos en el clima de la Buenos Aires de entonces, al alcance de todos.

Elegida la opción por la historia, los dos interlocutores que Halperin escogerá en la Argentina del menú de opciones disponibles serían José Luis Romero y Claudio Sánchez Albornoz y en especial el primero, a cuyo consejo lo encaminaron sus padres apenas manifestó su inclinación por la historia. De ese extraordinario intelectual e historiador que fue José Luis Romero y de su propuesta historiográfica dejó Halperin un cálido recuerdo en sus memorias, en una operación que se asemejaba, con relación a él y a otras figuras allí retratadas, a la voluntad de construir una tradición en la cual colocarse. Sin embargo, esas relaciones probablemente estuvieron lejos de ser historiográficamente idílicas, de ambos lados, como lo muestra una simple comparación entre las obras que uno y otro produjeron. Por otra parte, la correspondencia de Halperin con Braudel de 1952 revela tempranamente todas las distancias historiográficas entre ambos, ya desde el hecho de que ese vínculo se estableciese por la sugerencia pero sin la mediación de Romero (que un par de años antes había enviado a trabajar con el historiador francés al que por entonces consideraba el más prometedor de sus discípulos, Gustavo Beyhaut).⁶ La búsqueda en Braudel de una guía más segura que la que podía proveer la “fantasmagórica” historia de la cultura o el ejemplo de *La méditerranée*, como una obra que podía hacer muchísimo bien para alejar a los mejores historiadores e intelectuales argentinos en general del influjo que había llegado “hace veinticinco años de la *Revista de Occidente*, y que servía para considerar a casi todo lo demás como ‘positivismo superado’”, señalan bien donde ubicar las diferencias.⁷ Elípticas referencias que no concernían al rol de Romero como historiador, que en buena medida sería para él arquetípico, ni a su colocación como punto de partida de una tradición, sino a su propuesta historiográfica.⁸ Aquí, con todo, debe recordarse que existía un *trait d'union* entre ambos y era el provisto por el *historismus* alemán, que aunque con diversas modulaciones y combinaciones interesó a ambos.

El discurso es diferente en relación con Sánchez Albornoz, el historiador español que había sabido ser un interlocutor privilegiado de Marc Bloch en los años treinta, durante su residen-

⁶ Consulté la Correspondencia de Braudel en 1995, momento en que se hallaba depositada en la Maison des Sciences de l'Homme y en proceso de catalogación por parte de Mme. P. Braudel y gracias a su autorización y a la mediación de Ruggiero Romano. Actualmente la misma se encuentra en Fonds Fernand Braudel (FFB), París, Bibliothèque de l'Institut de France. Todas las referencias de la correspondencia remiten al Legajo Halperin del Archivo Fernand Braudel.

⁷ “No se imagina hasta qué punto están aquí los mejores atados al influjo que llegó hace veinticinco años de la *Revista de Occidente*, hasta qué punto se jura por las culturas cerradas, cuya alma se alcanza por iluminación, y todo lo que no sea eso se juzga positivismo superado. El ejemplo de cómo sin todas esas cosas, y manteniendo el debido respeto al dato natural, se pueden hacer cosas tanto más finas y penetrantes, y sin nada de lo que tienen de gratuito o arbitrario esa mortal historia de las ideas o esa fantasmagórica historia de la cultura que tanto nos gustan, ese ejemplo es de esperar que servirá de algo. Pero todo eso lo sabe usted muy bien sin duda y es presunción mía tejer el elogio de una obra que tan escasamente la necesita”. Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 11/9/1952, AFB.

⁸ Véanse los notables esfuerzos que hizo Halperin para que el libro de homenaje a Romero llegase a buen puerto. El libro, que publicaría Siglo XXI en 1982, fue una idea de Halperin a la que se sumó rápidamente Juan Antonio Oddone y en la que colaboró también Blanca París. Tulio Halperin Donghi a Juan Oddone, Berkeley, 14/7/1977 y la respuesta de Juan A. Oddone a Tulio Halperin, México, 14/10/1977, ambas en Archivo Oddone (AO), Archivo General de la Universidad de la República (Montevideo) (AGU). De las muchas vicisitudes en torno al volumen que finalmente se llamará *De historia e historiadores* informan numerosas cartas sucesivas.

cia en España, y que ahora seguía cultivando una forma de hacer historia que aunque muy atenta a las instituciones, como lo había sido desde los lejanos orígenes en la escuela de Hinojosa, aparecía ahora sazonada con una vis polémica inusual en el género erudito (véase su *España: un enigma histórico*) y cuyas diferencias con lo que ya por entonces o luego escribiría Halperin son mucho más evidentes que en el caso de Romero. Con todo, Claudio Sánchez Albornoz era para él, como la misma correspondencia con Braudel revela, “el único profesor presentable que queda en la Facultad” (Filosofía y Letras) y ello lo hacía indispensable para realizar su doctorado, algo que “aquí se ha convertido en un objeto de primera necesidad académica”.⁹ Pero esa relación bastante instrumental encontraba un aun mayor obstáculo en lo que percibía como su autoritarismo intolerante hacia cualquier disidencia historiográfica de sus discípulos.¹⁰

Si así estaban las cosas en sus percepciones –y más allá de si las mismas eran o no excesivamente severas hacia el mundo académico argentino– parecía inevitable que para adquirir el nivel que consideraba imprescindible para ejercer el oficio de historiador debía buscar alternativas en el exterior. Que lo haya intentado, al costo de no pocas penurias y dificultades, es ciertamente un mérito personal remarcable; que haya podido hacerlo le brindaría otro elemento diferencial en relación con sus contemporáneos. Desde luego que los comentarios aludidos son de 1952 y, a falta de mejor documentación, no podemos saber si eran también los de mediados de 1950 o al menos si lo eran en igual intensidad. Entre ambos momentos está la decisión familiar de que hiciese una experiencia académica y cultural en Italia.

2Hacia Turín y su Universidad, a la que se dirigió Halperin hacia fines de 1950, lo orientaban, en primer lugar, las redes familiares e intelectuales de su familia quizá tanto como el recuerdo que en ellas perduraba del que había sido un gran centro de estudios históricos en la primera posguerra. Sin embargo, la situación no era la misma en esos primeros años de la segunda posguerra, los que, más allá de la presencia en ella de figuras de un destacado relieve académico, bien pueden ser vistos como un intermedio entre dos etapas más brillantes, anterior y posterior.¹¹ Al menos así parecían estar las cosas en el ámbito de los estudios históricos y en ese sentido, la elección que hizo de seguir los cursos de dos destacados historiadores, Giorgio Falco y Walter Maturi, era casi obligada, si se quería permanecer en el ámbito de las materias históricas. Ambos eran parte, según una conocida observación de Cantimori en *Società*, de ese grupo piemontés (si bien Maturi lo era por adopción) que, aunque sustancialmente disperso por entonces en otras universidades italianas o en el exterior, era para él la elite de la historiografía italiana de entonces.¹² Reencontraba, por lo demás, en ellos la tradición croceana, con la

⁹ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 18/12/1952, AFB.

¹⁰ “[P]or nada del mundo haría yo una tesis que interesara de veras a mi apadrinante, con el cual es imposible andar de acuerdo por poco que quiera uno formarse una opinión propia acerca de cualquier cosa.” De allí que eligiese un tema (Pedro Martir de Anglería) del cual “no sabe mucho y no le interesa en absoluto”, *ibid.*

¹¹ Véase el retrato de esos años en la Facultad de Letras de Turín propuesto por Pietro Rossi, “Dal quarantacinque al sessantotto”, en Italo Lana (a cura di), *Storia della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università di Torino*, Città di Castello, Leo. S. Olschki, 2001, pp. 165-190, que atiende también a los conflictos entre profesores católicos y laicos y entre designados por el fascismo y retornados luego de su caída (como el caso de Falco, uno de los depurados por las leyes raciales, que tras su retorno a Turín la abandonaría por Génova al año siguiente al del curso al que asistió Halperin).

¹² Delio Cantimori, “Epiloghi congressuali”, publicado originalmente en *Società* (1955) y reproducido en Delio Cantimori, *Studi di storia*, Turín, Einaudi, 1976, III, pp. 834-835.

que ya estaba tan familiarizado y que era en cierta medida por entonces la suya. Sin embargo, ese reencuentro también exhibía, en los dos historiadores antes aludidos, unas oscilaciones propias de quienes no habían sido solo formados en ella y que por distintas vías habían atravesado también otros caminos en la formación filológica y en la exégesis de textos, en las que ambos y sobre todo Falco parece haber descollado a gran altura y en las que el magisterio croceano remitía más a un modo de pensar la historia, al interés por los debates historiográficos y a un lugar ideal en el que posicionarse en el debate cultural de la posguerra (en especial en Maturi). Sin embargo, también es posible conjeturar que un observador tan inteligente como era Halperin no podía no percibir cuánto el lugar hegemónico que Croce había ocupado estaba siendo puesto en discusión no solo en tanto *maître à penser* de la cultura italiana sino también en su forma de realizar la operación histórica por historiadores más o menos jóvenes. Y aunque esa distancia podía remitir más a la práctica concreta que a las premisas ideales propuestas por Croce, ella era bastante visible en figuras tan influyentes por entonces como Delio Cantimori, Arnaldo Momigliano y también en alguien como Federico Chabod, al que incluso el ilustre pensador había elegido como su sucesor en su Instituto en Nápoles.¹³ Y, desde luego, en términos más generales y no solo historiográficos, esa puesta en cuestión del lugar del “Papa laico” de la cultura italiana de entreguerras no debía buscársela ni tanto ni solo en los *Quaderni* de Antonio Gramsci que estaba publicando en esos años en Turín, en una edición cuidadosamente reorganizada, la editorial Einaudi, y en el que Croce era a la vez discutido y contenido en el surco común de una nueva vuelta de tuerca del *storicismo*. Un Gramsci que, por otra parte, fue otro de los descubrimientos intelectuales de Halperin en Turín, lo que no debería ser sorprendente vista su inmersión desde joven en la tradición italiana que estaba detrás de él, y cuyas intuiciones históricas parecen haberlo atraído tanto como poco lo hicieron sus reflexiones sobre la política. A la espera de estudios que profundicen ese vínculo intelectual, lo que la experiencia turinesa parece haber dejado en Halperin es el comienzo de su entrenamiento en la práctica nodal de la profesión, la crítica de los documentos, que iba ya en aquellos profesores a cuyos cursos asistió bien más allá de la que hubiera podido conocer en su lugar de origen, y sobre todo el espejo de un mundo político e intelectual mucho más refinado, complejo y ambiguo desde el cual mirar a la Argentina y a su historiografía desde fuera. Ello es bien perceptible en el texto que publica en 1952 en la *Rivista Storica Italiana*, en el que brinda un “Panorama della storiografia argentina” que va desde Mitre y López a la Nueva Escuela Histórica en el que, además de exhibir que ya en una fecha tan temprana conocía muy bien a los “clásicos” argentinos (otro elemento bastante diferencial), mostraba un impiadoso retrato del estado de la misma en esos años.¹⁴ Afirmaciones como que “*la nostra storiografia conserva oggi un non so che di rudimentale e primitivo*” (a diferencia según él de la filosofía y la filología), de la cual casi podía afirmarse que, si mirada en una trayectoria secular ella se había empobrecido más que enriquecido, ya que las apelaciones al “método” no podían ocultar que “*si nota nella nuova scuola una qualche deficienza di adeguata preparazione culturale senza la quale la*

¹³ Véase, por poner un ejemplo, el balance de Croce inmediatamente después de su muerte que realiza Federico Chabod, “Croce Storico”, en *Rivista Storica Italiana*, LXIV, 1952, pp. 473-530 (reproducido en Federico Chabod, *Lezioni di metodo storico*, Bari, Laterza, 1978, pp. 179-253).

¹⁴ Tulio Halperin Donghi, “Panorama della storiografia argentina”, en *Rivista Storica Italiana*, LXIV, IV, 1952, pp. 596-607. El texto debe haber sido solicitado por Falco o por Maturi (o por ambos) ya que los dos eran entonces miembros del Comité de Dirección de la revista.

severità dell'erudizione diventa completamente illusoria".¹⁵ Empero, y más allá de las matizaciones iniciales, cerca de concluir sugería que el problema no era solamente de la Nueva Escuela: "*Ricordiamo inoltre che le sue debolezze non sono affatto proprie di questo gruppo di storici, esclusivamente. Esse sono un riflesso fin troppo chiaro di caratteristiche certo non brillanti di tutta un'epoca della nostra storia culturale e non culturale soltanto*".¹⁶ En lo que claro está la referencia mayor se aplica a la época peronista pero como el artículo deja entrever no solo a ella. En cualquier caso, la experiencia turinesa, al menos en lo que tenía de aprendizaje historiográfico, anticipa o prepara la de París, a la que se orientaría un año y medio después de su retorno de Italia. Allí encontraría a Braudel.

Los comienzos de la relación intelectual entre Tulio Halperin Donghi y Fernand Braudel son bien conocidos. Derivan de la recensión que el primero hizo de *La méditerranée* en las páginas de *La Nación* en 1952 y que él mismo le enviaría al historiador francés. La respuesta de Braudel fue contundente: "*c'est de loin la meilleure analyse parue sur mon ouvrage. Vous avez été le seul, au delà du livre, a retrouver l'auteur, ses hesitations et comme son dialogue avec la propre pensée*".¹⁷ Si se relea la recensión hecha por Halperin, y se trata de buscar en ella dónde está el punto de diferenciación con tantas otras recensiones contemporáneas (Romano, Saporì, Reglà, Berthe, Mattingly, Bailyn, etc.), parece encontrárselo en el problema de los tiempos históricos. Desde luego que Halperin ve el libro como una obra polémica contra la historia tradicional y contra el fetichismo del acontecimiento pero, a su vez, se detiene más largamente sobre el problema de los tiempos históricos, insistiendo en las dificultades operativas de Braudel para deslindar entre esos distintos tiempos que derivaban de que esa distinción era una "elección" del historiador sobre un tiempo histórico que fluía unitariamente.¹⁸ Parece hoy curioso que ese núcleo central de la reflexión braudeliana pasase por entonces casi inadvertido (el otro que lo había detectado era Claude Lefort, para quien la no uniformidad del devenir social y sus distintos ritmos era una de las más ricas intuiciones de Braudel).¹⁹ Lo cierto es que inmediatamente Halperin volvió a escribirle a Braudel, indicándole que aspiraba a viajar a Francia para "aprender a usar el material en bruto y sacarle el jugo", y rápidamente se puso en movimiento para el viaje.²⁰ Serían, otra vez, los ahora más menguados recursos familiares los que le permitirían hacerlo y presentarse unos meses después en París.

¹⁵ Tulio Halperin Donghi, "Panorama della storiografia argentina", *op. cit.* ["nuestra historiografía conserva hoy un no sé qué de rudimentario y primitivo (...) se nota en la nueva escuela una cierta deficiencia de una adecuada preparación cultural sin la cual la severa erudición deviene totalmente ilusoria"]. [Todas las traducciones de las fuentes, entre corchetes, han estado a cargo del autor.]

¹⁶ *Ibid.* ["Recordemos por lo demás que sus debilidades no son para nada exclusivas de este grupo de historiadores. Ellas son un reflejo demasiado claro de características ciertamente no brillantes de toda una época de nuestra historia cultural y no solamente cultural".]

¹⁷ Fernand Braudel a Tulio Halperin, Buenos Aires, 10/10/1952 ["Es de lejos el mejor análisis publicado sobre mi trabajo. Usted ha sido el único que ha encontrado, más allá del libro, al autor, sus hesitaciones y como su diálogo con su propio pensamiento"]. Muchos años después, en 1985, un mes antes de su muerte, Braudel seguía recordando a aquel joven: Théodore Zeldin: "*Qui vous a compris?*" Respuesta: "*Eh bien... il y a quelqu'un en Argentina*" ["¿Quién os ha comprendido?" - "Pues bien... hay alguien en Argentina"], *Une leçon d'histoire de Fernand Braudel*, París, Flammarion, 1985, p. 198.

¹⁸ Tulio Halperin Donghi, "Historia y geografía en un libro sobre el Mediterráneo", Buenos Aires, *La Nación*, 29 junio 1952.

¹⁹ Claude Lefort, "Histoire et Sociologie dans l'Œuvre de Fernand Braudel", *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. 13, 1952, pp. 122-131.

²⁰ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 18/2/1952.

La VI Sección de la EPHE, entonces de reciente creación, era una muy prometedora cantera en construcción en la que Febvre y Braudel con limitados recursos, sea del Estado francés, sea de la Fundación Rockefeller (y con el apoyo decisivo de Charles Morazè), estaban dando forma a una institución en muchos sentidos inédita en el panorama académico francés. Sus estrategias de reclutamiento si en un principio habían abrevado bastante en la antigua IV Sección se abrirían progresiva e indiscriminadamente a la búsqueda de innovación y talento y lo harían no solo entre los historiadores sino entre otros científicos sociales, en una exhibición de que la interdisciplinariedad era mucho más que un rótulo.²¹ Entre los puntos originales de la misma se encontraban también el alto nivel de extranjeros incorporados, una forma de funcionamiento centrada en el seminario (que en Braudel era el legendario modelo del Seminario alemán, su punto de referencia) y unas relaciones mucho más abiertas y menos acartonadas que las que reinaban en las otras instituciones francesas.

Ese riquísimo panorama no desvió a Halperin de lo que ya antes de su viaje le había manifestado a Braudel: trabajar con él y seguir los seminarios de Marcel Bataillon en el Collège de France. Braudel para aprender el oficio y Bataillon por la importancia de sus estudios sobre el humanismo español para su entonces tema de tesis de doctorado sobre Pedro Martir de Angleria. Decidió permanecer entre los historiadores, pero incluso en ese terreno, que era por entonces todavía ampliamente dominante en la EHESS, no se abrió más de lo necesario y algunos notables estudiosos entre historia demográfica y económica, como Jean Meuvret o Maurice Lombard o en la sociología histórica del arte, como Pierre Francastel, parecen haber estado alejados de sus curiosidades. Una excepción fue la profundización del modelo labroussiano aunque más por imposición de Ruggiero Romano, el supervisor oficioso que le colocó Braudel, que por otra cosa. Si Braudel satisfaría plenamente sus expectativas, menos lo haría Bataillon, en quien, más allá de la jerarquía indiscutida de sus trabajos, creía percibir una forma de historia de las ideas epigonal de la más rica de Lucien Febvre, que fue la otra figura que lo impresionó, más por sus obras que por un contacto personal que parece haber sido apenas episódico, y del que claros rastros metodológicos hay en *Tradición política española* y en *José Hernández y sus mundos*.

El episodio francés puede entonces concentrarse en la relación con Braudel, que fue aquel que más cerca estuvo de ser su maestro. Que él mismo lo admitiera y lo hiciera tan explícitamente en el 2008, año de publicación de sus memorias, dice tanto de ese influjo como del lugar distante en que decidía ponerse a esa altura con relación a las nuevas generaciones de historiadores que por esta fecha ya habían ajustado las cuentas con Braudel, y ello concernía tanto a los que Ruggiero Romano llamaba irónicamente “*santi senza miracolo*” como a aquellos que, en cambio, habían producido obras reputadas excelsas y con relación a las cuales

²¹ Para la reconstrucción de ese momento inicial de la EPHE, cf. Giuliana Gemelli, *Fernand Braudel e l'Europa Universale*, Padua, Marsilio, 1990, pp. 246-260, y Pierre Daix, *Braudel*, Paris, Flammarion, 1995, pp. 245-272. El mismo Daix transcribe un testimonio algo más tardío de Pierre Bourdieu en el que este describe con eficacia el clima de la EPHE: “*une institution qui ignorait les oppositions entre les facultés et les disciplines, mêlant économistes des facultés et historiens des facultés des lettres, et qui faisait litière des hiérarchies entre les rangs de la noblesse universitaire, offrant ainsi un asile tout a fait unique aux chercheurs qui, du fait de leur origine étrangère ou pour tout autre raison, n'avaient pas suivi le cursus canonique* [una institución que ignoraba las oposiciones entre las facultades y las disciplinas, mezclando economistas de facultades e historiadores de facultades de letras, y que hacía tabla rasa de las jerarquías entre los rangos de la nobleza universitaria, ofreciendo así un asilo absolutamente único a los investigadores que, en razón de su origen extranjero o por cualquier otra razón, no habían seguido el *cursus* canónico]”, *ibid.*, p. 263. Véase también Jacques Revel y Nathan Wachtel, “Un École pour les sciences sociales”, en Jacques Revel y Nathan Wachtel (eds.), *Un École pour les sciences sociales*, Paris, Editions de l'EHESS, 1996, pp. 11-28.

Halperin nunca dejó de esconder su perplejidad. Ese vínculo concierne, se lo señaló ya, ante todo a la operación documental, esa misteriosa tarea que parece ser mucho más el resultado de una acumulación intergeneracional de prácticas y habilidades que algo que pueda aprenderse en manuales. Y, en este sentido, Halperin no dejaba ocasionalmente de señalar que en Braudel percibía no solo un notable talento para hacerlo sino también la sedimentación de otras enseñanzas más antiguas. De ese modo, ello que era parte de una rica y antigua tradición, inexistente en la Argentina más allá de las formalidades algo primarias de su ejercicio por la Nueva Escuela Histórica, entroncaba en él junto con lo que había aprendido en este campo en Italia y brindaba otro de los mayores elementos diferenciales de su ejercicio del oficio del historiador en relación con sus compatriotas. Desde luego que el influjo iba más allá, desde la importancia del espacio geográfico hasta una forma contextual de lidiar con la historia política, desde el modo de aproximarse a la historia económica hasta las ambiciones de establecer conexiones inesperadas entre los distintos planos del pasado y a veces puramente analógicas entre fenómenos distantes en el tiempo y el espacio y, desde luego, a la problemática de la *longue durée*. Va de suyo, sin embargo, que con excepción de su obra más braudeliana, su tesis de doctorado, en las demás esos influjos siempre se mezclaron con otros, lo que no era más que otra de las formas de esa cultura de mezcla que fue siempre tan característicamente argentina.

La relación de Braudel con Halperin puede, asimismo, explorarse desde otro ángulo que exhibe, más allá de los juicios laudatorios anotados, hasta qué punto aquel gran descubridor de talentos había encontrado uno en Halperin. Pongamos un ejemplo: cuando pocos años antes Braudel había recibido en la EPHE a Beyhaut, se había opuesto a que este se dedicase a la historia europea, remitiéndolo al campo de los estudios americanos. Luego, había recibido a un Halperin que traía el proyecto de trabajar sobre quien había sido un cronista de indias, que le manifestaba que “mi deseo es dedicarme luego a historia rioplatense, un deseo del que se burla implacablemente José Luis Romero” y que, si bien expresaba curiosidad por hacer alguna práctica en temas del siglo XVI europeo, lo hacía para aprender el oficio.²² Braudel, en cambio, en este caso, lo orientaría hacia un tema español. Al hacerlo, lo colocaba en el linaje de una noble y prestigiosa tradición francesa: la del hispanismo. En alguien como Braudel, cuyas decisiones nunca eran inocentes, el haberle conseguido el subsidio para desplazarse a los archivos españoles y el haberle propuesto luego gestionarle ante Jean Sarrailh un puesto estable de Lector de español eran bien significativos de lo que esperaba del joven historiador argentino. En ese punto, Halperin toma una de esas decisiones cruciales en la carrera de cualquier historiador. Rechaza la oferta de Braudel y decide volver a la Argentina. Su argumento: “*je ne crois qu’il serait loyal vis à vis des miens qui m’ont envoyé ici pour quelques mois, de prendre une position que a tout l’aspect d’être ‘définitive’*”.²³ Siempre se podrá conjeturar acerca de ello e incluso pensar en otra historia posible, en la que Halperin opta por quedarse en Francia, y pocas dudas puede haber acerca de que hubiese sido un destacadísimo historiador en ese terreno, que seguramente le hubiera dado una aun mayor visibilidad y prestigio en la historiografía occidental. En cuanto a las conjeturas, dos pueden hacerse. Una, vinculada con esa centralidad de la Argentina como experiencia y

²² Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 18/12/1952.

²³ Tulio Halperin a Fernand Braudel, París, 28/6/1953 [“No creo que sea leal con respecto a los míos que me enviaron aquí por algunos meses, tomar un puesto que tiene todo el aspecto de ser ‘definitivo’”]. En la misma carta, Halperin le pide ayuda para obtener una beca para los Estados Unidos. El episodio, curiosamente, no es recordado en sus memorias. A partir de esta carta, Halperin empieza a escribirle a Braudel en francés.

como problema, que fue siempre tan suya (y basta recordar cuánto volvía a ella en sus conversaciones aun en lugares y momentos inesperados), y al menos entonces historiográficamente lo era, y con la voluntad de no ser solo un *scholar* sino un intelectual, cosa desde luego improbable de alcanzar en Francia; otra, que había percibido muy bien los inconvenientes de estar enclavado en la trama de una persona que no solo era un historiador excepcional o un no menos brillante organizador cultural, sino un habilísimo gestor de las relaciones interpersonales académicas en clave paternalista. En cualquier caso, no quiso estar en la órbita del que llamó años más tarde y no sin cariño, en una carta a su amigo Juan Oddone, el “demoníaco viejito”.²⁴ Optaba así, Halperin, al tomar distancia de quien más cerca había estado de ser su maestro, por no tener ninguno. Volvió a la Argentina, le envió un artículo a Braudel resultado de su investigación, para ser publicado en *Annales* (y que este juzgó “*elle n’est pas bonne, elle est vraiment excellente*”),²⁵ decidió abandonar el Pedro Martir y cambiar de argumento, defendió su tesis de doctorado en Filosofía y Letras, “Los moriscos del reino de Valencia, 1520-1609”, bajo la dirección formal de Sánchez Albornoz (quien, según creía y decía, tal vez ni siquiera la había leído).²⁶

La correspondencia de Halperin con Braudel no cesó y un par de cartas sucesivas del primero parecen sugerir una cierta nostalgia de la experiencia francesa en comparación con la situación argentina, en torno a la que volvía a tomar las distancias que ya señalamos precedentemente.²⁷

3 Hemos visto hasta ahora a Halperin entrando en contacto con tradiciones historiográficas diversas, que no lo eran solo por sus temáticas, por sus enfoques tradicionales o innovadores o por su diálogo o ausencia de diálogo con otras ciencias sociales. La historia de la cultura de Romero, la historia institucional-erudita de Sánchez Albornoz, el *storicismo* neo o post crociano italiano, la bastarda inclasificable historia braudeliiana y la historia ciencia social de la *Annales* labrousiana. ¿Es posible intentar un balance que ayude a pensar cómo se colocaba por entonces Halperin en relación con la historia como ciencia del pasado, admitiendo que, como observó Carlos Altamirano, no solo nunca fue demasiado explícito en este terreno sino también que a

²⁴ “Viste que el demoníaco viejito cuando todos lo creían gagá y semimoribundo se descolgó con un super-mediterráneo en tres volúmenes interminables”, Tulio Halperin a Juan Oddone, 12/3/1980, en AO, AGU (Uruguay).

²⁵ Fernand Braudel a Tulio Halperin, París, 12/2/1954 [“no es sólo bueno, es verdaderamente excelente”]. El artículo será publicado en *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 11, n° 2, 1956, pp. 154-182, con el título “Recouvrements de civilisations: les Morisques du Royaume de Valence au xv^e siècle”.

²⁶ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 1/11/1953. La tesis fue publicada en dos partes en los *Cuadernos de Historia de España*, n° xxiii-xxiv, 1955, pp. 5-115 y n° xxv-xxvi, 1957, pp. 83-250 (reunidas luego en forma de libro en España en 1980). Que Sánchez Albornoz decidiese publicar toda la tesis en su revista puede sugerir que su juicio sobre la misma era bien favorable.

²⁷ En relación con el ambiente en el ámbito del Instituto de Filosofía y Letras dirigido por Claudio Sánchez Albornoz: “*Raison de plus pour regretter les belles leçons que vous nous faisiez a l’École; en train de regretter, je regrette même le fameux document sur Naples, et les efforts héroïques de M. Le Louet pour lui donner une date* [Razón de más para añorar las bellas clases que usted nos daba en la École; en tren de añorar, echo de menos incluso el famoso documento sobre Nápoles, y los esfuerzos heroicos de M. Le Louet por datarlo]”, Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 10/6/1954. Sobre el ámbito renovador, lamentaba que tal vez *Imago Mundi* desapareciese “*même si elle n’est pas très bonne c’est la seule qui nous reste* [aunque ella no es muy buena, es la única que nos queda]”, lo que parece excesivo, para concluir nuevamente “*combien on regrette ici les Annales et vos si belles leçons, dans cette atmosphère sirupeuse d’histoire de la culture* [cuánto se extraña aquí a *Annales* y a sus tan bellas clases, en esta atmósfera almibarada de historia de la cultura]”, Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 7/11/1954.

menudo dejó las cosas en una deliberada imprecisión o las puso a contraluz o por contraste, quizá porque, como escribió, la historia como los árboles se conoce mejor por sus frutos que por sus raíces?

Quizá sea posible partir, nuevamente, de su correspondencia con Braudel de 1952. En el diálogo entre ambos, a la propuesta braudelianiana en la que el historiador contempla deslumbrado la riqueza del mundo y no quiere perder nada de ella (“*tout ressaisir*”, aunque “*c’est impossible*”) y que a través de sucesivas aproximaciones imperfectas trata de contener la mayor riqueza posible de la vida, debiendo lamentarse de tener inevitablemente que elegir (“*tout exposition est procédé et choix* [toda exposición es procedimiento y elección]”), mientras “*l’histoire n’est pas choix* [la historia no es elección]”, propuesta que a falta de algún término mejor podríamos llamar naturalista, Halperin contraponía argumentos en parte croceanos, en parte diltheynianos y, en cualquier caso, historicistas: siempre conocemos lo que queremos conocer, desde la selectividad que imponen las propias preguntas, el propio tiempo histórico e historiográfico, o en sus palabras su “horizonte”.²⁸ Toda historia es, en este sentido, a la vez “completa” y selectiva, la de Ranke o la de Bloch, y no hay ningún remordimiento por ello sino incluso un cierto “goce”. Esa idea, que coloca en el centro al historiador y sus preguntas, que serán satisfactoriamente contestadas cuando el mismo considere que ha dilucidado los enigmas que lo llevaron a plantearlas, fue una perspectiva a la que siempre se atuvo y así cuando años más tarde se le preguntaba acerca de tal o cual libro o documento que no había consultado, solía responder que no lo había hecho porque no lo consideraba necesario, ya que había ido hasta donde había considerado suficiente para resolver convincentemente el problema. También siempre se atuvo a la idea, no solo croceana desde luego, de que toda historia y por ende cualquier pregunta era inevitablemente contemporánea (o colocada en su “horizonte”) y dejó numerosos testimonios de ello y todavía, al menos por entonces, también compartía una cierta idea de sentido progresivo de la historia que no parece tan claro que fuese la de Braudel, siempre poco interesado en pensar el cambio o el devenir.

La experiencia francesa con Braudel no parece haber cambiado esa perspectiva sino más bien reforzado la importancia de la operación erudita y los modos concretos de lidiar con ella. Al hacerlo así, Halperin no se diferenciaba tanto de la experiencia de aquellos que en Italia, por otras vías (un Momigliano por ejemplo), que habiendo partido también de las premisas de Croce –que si bien incluía argumentativamente la relevancia de la operación filológica erudita, en la práctica la ejercía menos sistemáticamente–, habían resuelto ir más a fondo en la admisión de la importancia decisiva de la investigación empírica.²⁹

²⁸ “¿Qué significa ese ideal de historia completa? ¿No significa acaso que se pide una historia que se adecue exactamente a las inquietudes, a los intereses, a las obsesiones que hacen que el historiador se incline sobre la historia? Este horizonte de la historia completa se muestra así cambiante. No solo cambia la historia que de hecho se hace, cambia también lo que el historiador cree que debe ser la historia (o como usted gusta de decir, también Ranke, con su culto de la objetividad, y todo lo demás, tenía su filosofía de la historia). Solo que en esa filosofía de la historia el historiador vive, si así puede decirse, como un pez en el agua, es su horizonte y no un límite arbitrariamente impuesto, por eso la historia adecuada a ese horizonte la llama completa”, y agregaba que siempre en el pasado se “ha seleccionado, recortado un sector de los datos que tenía ante sí y esa elección no es defectuosa porque sea tal elección, sino porque se realiza según curiosidades y aspiraciones que no son ya las nuestras”, Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 18/12/1952. Las reflexiones de Braudel entrecuilladas en el texto, en Fernand Braudel a Tulio Halperin, 10/10/1952.

²⁹ Que el archivo era para Croce un lugar a visitar solo para consultas puntuales, cf. Carlo de Frede, “Croce e l’Archivio di Stato di Napoli”, en *Per la storia del mezzogiorno medievale e moderno. Studi in Memoria di Joel Mazzone*, Nápoles, Pubblicazioni degli Archivi di Stato, 1998, pp. 985-1027.

En cualquier caso, las distancias y los límites de las distancias que iba a tomar sea con la tradición croceana, sea con la *annaliste* iban a percibirse en dos textos que publicó en *Imago Mundi*, posteriores a su experiencia francesa. Las distancias, en relación con la experiencia italiana, se encuentran en una cálida y respetuosa reseña de unas crepusculares conferencias de Benedetto Croce, muy diferente por lo demás a la tan escueta que Braudel había escrito sobre el mismo libro.³⁰ Observa allí Halperin que el gran erudito italiano que tanto camino había hecho desde sus trabajos juveniles para abandonar todo resabio de romanticismo y para debilitar el lugar del idealismo neohegeliano en su pensamiento, que al final, según él, bien podía denominarse humanista, lo que implicaba un cierto dejarse llevar por los detalles atento a la riqueza y variedad de la vida, pese a todo había conservado hasta el final una sola lección de Hegel que Halperin encuentra en la *forma mentis* unitaria de Croce y que bien podríamos llamar su *esprit de système*. Y quizás, aunque conservase mucho de las enseñanzas croceanas a lo largo de su vida (una no menor es la idea de que la verdad está en el proceso mismo que se narra y no en su final), será precisamente contra ese espíritu de sistema, contra esas antinomias ritmadas por la búsqueda de unidad de lo diverso que daban un aire un poco artificial a los estudios de esa tradición que iba a construir su práctica de historiador. Con relación a la tradición francesa, en especial contra aquella historia serial cuantitativa a la Labrousse (que sin embargo no dejó de practicar ocasionalmente), y más en general contra el modelo historia ciencia social nunca desprovisto del todo de ilusiones nomológicas, tomaba distancias el artículo publicado también en *Imago Mundi*, “Crisis de la historiografía y crisis de la cultura”, de 1956. En cualquier caso, ese artículo de 1956 y el poco precedente en *Sur*, “La historiografía en la hora de la libertad”, dan, si mirados en conjunto, una adecuada imagen de cómo percibía Halperin la disciplina histórica.

Véanse dos citas. La primera del artículo en *Sur*: “ese culto del dato, del hecho desnudo, se identifica pues con lo que la Nueva Escuela, en tren de halagarse a sí misma, llamaba su objetividad erudita. ¿Será necesario decir de nuevo hasta qué punto esa imagen de la objetividad histórica era falsa? Recordar como el hecho desnudo no es algo que el historiador encuentra en su camino, que es algo que él debe construir” (y hasta aquí bien podía ser Lucien Febvre), pero Halperin iba más allá y agregaba “que su objetividad está dada también *in interiore homine*”.³¹ La expresión, que es de San Agustín, *in interiore homine habitat veritas*, alude elegantemente, creo, en Halperin, a la *elerbnis* diltheyniana, a la vivencia interior punto de partida de todo conocimiento. Un Dilthey que, por lo demás, era uno de los tantos que se había detenido en ella, en su caso para indicar un momento relevante del pasaje en la filosofía occidental del objetivismo griego al subjetivismo cristiano.

³⁰ Tulio Halperin Donghi, Reseña de Benedetto Croce, *Storiografia e idealità morale; conferenze agli alumni dell'Istituto per gli Studi Storici di Napoli e altri saggi*, Bari, Laterza, 1950, en *Imago Mundi*, I, n° 5, 1954, pp. 101-104.

El texto de Braudel, aunque respetuoso hacia Croce, mostraba una distancia insalvable que por lo demás era recíproca: “*On ne saurait pas résumer les thèses de ces divers essais. Elles impliquent tout un monde idéologique où l'on ne se sentira pas toujours à l'aise. Mais ce message, accepté ou non, s'avère d'une grande importance, il porte le témoignage sur une des pensées les plus curieuses de ce temps* [No sabríamos resumir las tesis de estos diferentes ensayos. Ellos implican todo un mundo ideológico en el que uno no se sentirá jamás cómodo. Empero este mensaje, aceptado o no, es de una gran importancia, lleva el testimonio de uno de los pensamientos más curiosos de esta época]”, Fernand Braudel, “Benedetto Croce et l'Histoire”, en *Annales...*, vol. 6, n° 1, 1951, pp. 90-91. Que Halperin pudiese reunir ambas tradiciones es una de sus hazañas.

³¹ Tulio Halperin Donghi, “La historiografía en la hora de la libertad”, republicado en *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel, 1994, p. 21.

Esa alusión implícita al historicismo tardío alemán, que por comodidad llamaremos *historicismus* y que constituía un núcleo juvenil importante de sus lecturas históricas preferidas en la Argentina (en especial las obras de Dilthey, de su discípulo Groethuysen y de Meinecke), aparecerá como un instrumento por entonces para discutir con la nueva historia ciencia social, por un lado, y con el *storicismo*, que algunos han llamado absoluto, italiano, por el otro. Y así, si se indaga el artículo de 1956 en *Imago Mundi*, pronto parece que las cosas están en esos mismos términos. Afirma allí Halperin que el nuevo historiador no cree ya en las “cosas como efectivamente sucedieron [...] y sabe que es preciso todavía referirlas a un sentido. Gracias a ello le es accesible una flexibilidad y una riqueza de contenidos de que carecía la vieja erudición”. Así logra “una operación enriquecedora del contenido espiritual de la historia” aunque “infinitamente problemática” y más aun porque “este fenomenismo niega aún validez a la aplicación de un criterio axiológico que permita ordenar el material histórico”.³² Lo que el texto sugiere es el problema del insondable abismo relativista que plantean los dilemas del historicismo tardío. Llegado a ese punto, Halperin no parece querer seguirlos hasta el final y como conclusión de su artículo se repliega sobre una perspectiva deliberadamente más modesta: “[...] puede construirse una obra histórica que nos parece aún válida sobre una teoría histórica que nos parece insostenible? El testimonio de toda la historia de la historiografía es que sí se puede: hay en la labor histórica algo de indiferenciado e inarticulado previo a cualquier teoría histórica en ella aplicada”; y más adelante “Esa ambigüedad e indiferenciación de toda obra historiográfica, ese no siempre coherente someterse a los datos de una realidad compleja e inconexa (es lo que hace) que la obra de historia no sea estrictamente reductible a la teoría en la que se apoya”.

Llegados a este punto podríamos quizá sugerir que en la tradición historicista-hermenéutica Halperin encontró un punto de independencia con relación a otras perspectivas historiográficas renovadoras y un conjunto de nociones de base vinculadas a la temporalidad ineludible de toda operación histórica que perduraría en él y que reafirmaría con claridad veinte, treinta y cuarenta años después. Por poner un solo ejemplo, nótese cuanto afirma en 1976 en referencia a las revoluciones historiográficas: “En todas ellas el surgimiento de un nuevo modo de hacer historia dependió más que de esas innovaciones metodológicas, del surgimiento de un modo de entender el pasado, no necesariamente nacido al estímulo de esa ampliación de datos y adquisición de nuevos procedimientos para reunirlos, sino al calor de otros aspectos más inmediatos de la experiencia vital del historiador”.³³

Sin embargo, a ello quiso agregarle una perspectiva que en el fondo no era incompatible con ella: la que reconocía en la erudición y su atención a los hechos un reaseguro contra cons-

³² Tulio Halperin Donghi, “Crisis de la historiografía y crisis de la cultura”, en *Imago Mundi*, III, n° 11-12, 1956, pp. 114-115.

³³ Tulio Halperin Donghi, “La cuantificación en historia: trayectoria y problemas”, en Francis Korn, *Ciencias Sociales: palabras y conjeturas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, pp. 209-210. Véanse otras observaciones semejantes en el prefacio al conjunto de ensayos titulado *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987: “puesto que no se pretende invocar aquí ningún estatuto privilegiado para el modo con que el historiador se aproxima a su objeto, aun menos se intentará fundar esa pretensión postulando una relación unilateral entre pasado y presente, en que las claves para entender a éste se suponen escondidas en aquél. Por lo menos en la experiencia de este historiador la relación entre ambos es mucho menos unilateral: el presente ilumina el pasado tanto como éste a aquél”. Y en el mismo año en el nuevo prefacio a la *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1988: “lo ocurrido en los últimos veinte años largos ilumina con una luz distinta las etapas inmediatamente anteriores en la historia latinoamericana. Este libro de 1967 está inevitablemente marcado por el *Zeitgeist*, el espíritu del tiempo, de su momento de origen”. También: “Presentación”, en Tulio Halperin Donghi, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp. 9-15.

trucciones demasiado vastas y ambiciones excesivas. En otros términos, la erudición y lo que él llamó naturalismo braudeliano venía, por su parte, a poner un freno ahora al relativismo historicista tanto como a la tentación de la filosofía de la historia. Y consideraciones casi idénticas pueden hallarse en textos posteriores. Sin embargo, si retomando lo que él mismo llamaba “la metáfora evangélico-botánica”,³⁴ el árbol se conoce por sus frutos, esas consideraciones generales, ellas mismas en deliberada tensión irresuelta, no le iban a impedir practicar distintas estrategias historiográficas que mostrarían que esas nociones no eran obstáculos sino balizas entre las cuales era posible moverse con cierta amplitud y eclecticismo.

4 La caída del peronismo en 1955 colocó a Halperin en un contexto completamente nuevo. El mismo contenía tantas posibilidades como insidias. El artículo en *Sur* antes aludido es en este punto muy interesante para percibir todas las expectativas que tenía Halperin ante la nueva situación. La idea que emerge del mismo es que el peronismo había sido un paréntesis (noción que como es sabido fue también la de Croce tras la caída del fascismo y la de Meinecke tras el derrumbe del nazismo) y ello parecía implicar al menos dos cosas: que la Argentina estaba lista para retomar la senda ascendente a la que había llegado en la entreguerras (y a ello lo orientaba esa idea de progreso, que vimos estaba implícita por entonces en su concepción del proceso histórico) y que el peronismo no era un fenómeno político sólidamente arraigado en la historia argentina. Convicción esta última que es bien visible también en su artículo de 1956 en *Contorno* y aun más allá (*Sur* y *Contorno*, un binomio que marca ya la centralidad que ocupaba Halperin al comenzar la década). Con ese optimismo Halperin iba a enfrentar una década plena de iniciativas que asombran por su intensidad y variedad. Ellas no iban ya a desplegarse tan solo en esa carrera como historiador que tan cuidadosamente había construido durante los años de la “siesta” cultural del decenio peronista sino en otros ámbitos que le iban a requerir ingentes esfuerzos y resultados a la larga decepcionantes.

Una fue su compromiso con la transformación de la Universidad, vista también como un instrumento para transformar la historiografía, como el mismo artículo de *Sur* anunciaba (y antes más elípticamente aquel de 1952). No nos detendremos *in extenso* en él; solo se anotará, por un lado, que el mismo se desarrolló en dos frentes principales: Rosario y Buenos Aires, y, por el otro, que fue parte del de un grupo, de una facción si se quiere, en la que forjó algunas de sus amistades más perdurables pero que lo obligaron a compromisos institucionales cada vez más importantes y a los que parecía acceder por solidaridad con ellas. Nuevamente su correspondencia con Braudel ayuda a revelar su perspectiva sobre esa situación tanto como los precios que tenía que pagar. En 1957 le escribe para solicitarle un nuevo subsidio para viajar a Francia y le observa que vive “*un temps rempli des choses, dont quelques-unes pas mauvaises*” para luego agregar: “*le pays a quelque chose d’envoutant: on finit toujours par être trop mêlé a des affaires qui au fond n’intéressent que très peu*”.³⁵ Siempre esa Argentina de cuyo destino no quería desentenderse. Como en anteriores oportunidades, Braudel se empeña en conseguir el

³⁴ Tulio Halperin Donghi, “Crisis de la historiografía y...”, *op. cit.*, p. 114.

³⁵ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 14/3/1957 [“...un tiempo pleno de cosas, algunas de las cuales, no malas (...) El país tiene algo cautivante: uno termina siempre por involucrarse en asuntos que en el fondo interesan muy poco”].

subsidio para ese argentino de “*très rare qualité intellectuelle*”.³⁶ En una nueva carta, Halperin informa que deberá reducir su estadía a dos meses porque lo han elegido decano en Rosario y comenta: “*j’ ai accepté ce poste absurde parce que les alternatives étaient très mauvaises (des anciens péronistes assez peu représentatifs)*”. Y culmina con una nota de cansancio, irritación y escepticismo: “*A l’Université, la normalisation fait quelque fois regretter le régime d’intervention. Je n’ai jamais vue des intrigues aussi sordides que pendant les dernières élections universitaires. Cette institution devrait être gouvernée par la police. C’est très exactement ce qu’elle mérite*”.³⁷ La historia, cuyo final parece preanunciado, se concreta en una carta sucesiva. Halperin ya decano debe cancelar el viaje: “*je suis furieux car toute cette politique universitaire ne m’intéresse que très peu [...] en ce moment-ci je regrette que mon rival qui est vraiment abominable, n’ait pas vaincu*”.³⁸ Y aunque desde luego todas esas expresiones justificativas y realizadas en un contexto particular no deberían sobredimensionarse, si se las ha incluido aquí es para sugerir hasta qué punto existía un tensión entre dos roles y cuánto el institucional interfería sobre el historiográfico. Lo cierto es que siguió muy activo en la vida universitaria hasta el final de este ciclo aunque tempranamente comenzó a sospechar que todo pendía de un delgado hilo del cual de todos modos no debían esperarse consecuencias terribles más allá de las posiciones universitarias. Todavía persistía aquella idea juvenil de la Argentina.³⁹

Otra dimensión de esos años es la participación de Halperin en el riquísimo debate cultural en el que nunca se privó de intervenir con la palabra oral (sus intervenciones en ese terreno devendrían legendarias) y con la escrita. Esta lo llevó a frecuentar otro género, el ensayo, en el que su inteligencia y su maestría rayaban a gran altura pero que no requerían un sostenido esfuerzo erudito. A ese registro pertenecen, por ejemplo, los trabajos reunidos en *Argentina en el callejón*, una mirada tan lúcida como desencantada, en la que, muchos años después, tantos seguían viendo el análisis más penetrante de aquella Argentina. Y, sin embargo, era la mirada de un observador inteligentísimo, no de un estudioso. Con todo, dos observaciones son aquí necesarias. La primera es que aquella concepción de la historia que hizo suya lo habilitaba en línea de principio tanto para el ensayo como para la erudición histórica. Era finalmente el sujeto el que decidía hasta donde quería ir para dilucidar un problema. La segunda es que en este plano el péndulo volvía a moverse en él, idealmente, del modelo de intervención académica de Braudel al modelo de influencia cultural de Croce.

Pese a clases, conferencias, cursos, gestión, debates y tantas otras cosas, no quiso renunciar a su labor de historiador. La misma no siguió, sin embargo, un rumbo fijo ni en el género ni en la temática. Más que diseñar un plan de investigación articulado, Halperin parecía tanto

³⁶ Fernand Braudel a Didier Ozanam, París, 5/9/1957.

³⁷ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 25/10/1957 [“Yo acepté ese puesto absurdo porque las alternativas eran muy malas (antiguos peronistas muy poco representativos) (...) En la Universidad, la normalización algunas veces hace extrañar al régimen de la intervención. No he visto jamás intrigas más sórdidas que durante las últimas elecciones universitarias. Esta institución debería ser gobernada por la policía. Es exactamente lo que merece”].

³⁸ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 23/12/1957 [“Estoy furioso porque toda esta política universitaria me interesa muy poco (...) en este momento lamento que mi rival, que es verdaderamente abominable, no haya vencido”].

³⁹ En 1960 observará: “*Tant que ce gouvernement durera, rien me menace de concret, mais si par hasard nous avons une changement politique, même petit, la vengeance sera terrible (mais limitée, comme toujours en Argentine, à la révocation)* [Mientras este gobierno dure, nada concreto me amenaza, pero si por azar tenemos un cambio político, incluso pequeño, la venganza será terrible (aunque limitada, como siempre en la Argentina, a la destitución)”. Tulio Halperin a Fernand Braudel, 28/3/1960.

dominado por una curiosidad inagotable como por un dejarse llevar por las dispersas oportunidades que emergían aquí y allá, como si no quisiese renunciar a ninguna. Con todo, un eje parece organizarse en torno a una historia argentina entre 1800 y 1880 que debía escribir para el Fondo de Cultura Económica y que nunca llegaría a publicar. En cualquier caso, Halperin era plenamente consciente de la situación y sus peligros. Así, le escribía a Braudel en referencia a aquella historia argentina prometida: “*j’ai peur d’avoir fait une sottise en acceptant ce travail qui m’exige beaucoup d’investigations partielles*”; y agregaba: “*En outre j’ai malheureusement tendance à me perdre dans chaque thème, aussi je viens d’écrire, en marge a cette histoire, un bouquin d’Ideengeschichte*”.⁴⁰ El “bouquin” era *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* y si se trataba de *Ideengeschichte* ella era ya diferente de aquella que podía representar el *Echeverría*. La dominante mirada inmanente sobre los textos del trabajo de 1951 era ahora sustituida por otra mucho más atenta a los contextos.⁴¹ De ese modo, si la primera parte del libro se mantiene cercana al módulo más clásico de historia de las ideas, pronto empieza a descubrirse toda la atención que despliega Halperin para mostrar cómo los diferentes contextos ideológicos o políticos alteran el significado y la función de ciertas concepciones, así como sus finísimas reconstrucciones de los itinerarios de términos y sus mudables significaciones argumentan contra el peligro de trasladarlos de una época y un sistema de ideas a otros. Por otra parte, el libro intenta vincular esos movimientos de ideas con los contextos culturales y políticos e incluso con las fluctuaciones económicas. Hay en ello diez años de lecturas, prácticas, experiencias y contextos.

Tradición política..., que con todo podía inscribirse en un largo campo de intereses historiográficos de Halperin, no era el único itinerario alternativo. He ahí su embarcarse en la historia económica serial en el paciente trabajo que gracias a financiación francesa llevó a cabo con Roberto Cortés Conde y Haydée Gorostegui sobre la *Evolución del comercio exterior argentino*, cuya primera parte dedicada a las exportaciones entre 1864 y 1930 publicarían hacia 1965.⁴² Y todavía habría muchas más, desde una historia de la Universidad de Buenos Aires al bellísimo estudio de historia geoeconómica, “El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX”, de 1961, que, en cambio, confluía como introducción del deslumbrante *Revolución y guerra* publicado once años después (como lo haría también, parcialmente, el seminal artículo sobre “La expansión ganadera en la Provincia de Buenos Aires”, de 1963).⁴³ Ejemplos todos de inteligencia y erudición histórica que podían compartir el escenario con agudas reflexiones generales, como las de otro admirable y admirado artículo sobre “Historia y larga duración: examen de un problema” (1962), que en este caso Ruggiero Romano consideraba la mejor reflexión producida acerca de la *longue durée* braudeliiana, que inaugura un subgénero o una fórmula

⁴⁰ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 29/3/1960 [“Tengo temor de haber cometido una estupidez aceptando este trabajo que me exige muchas investigaciones parciales (...) Por otra parte tengo, desgraciadamente, una tendencia a perderme en cada tema, así acabo de escribir, al margen de esta historia, un *bouquin* de *Ideengeschichte*”].

⁴¹ Tulio Halperin Donghi, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, CEAL, 1985 (primera edición, 1961).

⁴² Roberto Cortés Conde, Tulio Halperin Donghi y Haydée Gorostegui de Torres, *Evolución del comercio exterior argentino*, vol. 1: *Exportaciones*, Parte Primera, 1864-1930, Buenos Aires, s/d [1965].

⁴³ Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962; Tulio Halperin Donghi, *El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Cátedra de Historia Social, Serie Ensayos de Historia Social, 3 [1961]; Tulio Halperin Donghi, “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)”, en *Desarrollo económico*, vol. 3, n° 1-2 (9/10), abril-septiembre de 1963, pp. 57-110.

que Halperin reiteraría varias veces: grandes y estilizados cuadros de conjunto sobre la historiografía occidental en los últimos dos siglos.⁴⁴

Empero, esas dilataciones y diversificaciones serían también espaciales, con la emergencia de un interés hacia Latinoamérica que ya está clara en el brillante cuadro historiográfico que propone “Storia e storiografia dell’ America Coloniale Spagnola”, que publicó la *Rivista Storica Italiana* en 1964, como apertura a un conjunto de artículos sobre la historia del subcontinente. Quizá como consecuencia de él o contemporáneamente a él, surge el ofrecimiento de la Editorial Einaudi de publicar una historia de América Latina. Así, paralelamente a sus investigaciones sobre historia argentina, Halperin se embarca en otro programa ambicioso, en este caso destinado a culminar cuando en mayo de 1966 consigna el manuscrito a la casa Einaudi. El episodio es interesante por varias razones. La primera es que el texto exhibe con mucha claridad el módulo historiográfico que Halperin ha ido madurando en esos años sesenta: una combinación de historia económica (externa e interna) e historia política, ahora cultivada en él en forma bastante “namierista”. Combinación que parecía en esos años, en Europa y Latinoamérica, el eje central de una propuesta que se llamaba, sin embargo, historia social. La segunda es que el manuscrito, que puede considerarse todavía hoy la obra de conjunto más penetrante sobre la historia de América Latina, es recibido con cierta perplejidad por el Comité Editorial (que integraban entre otros Franco Venturi, Norberto Bobbio, Cesare Cases e Italo Calvino, por citar a nombres bien conocidos en la Argentina) y esa perplejidad derivaba de que había sido pensado por la editorial Einaudi para la prestigiosa colección “Biblioteca di Cultura Storica” (la “Storica”) diseñada por Leone Ginzburg en los años treinta.

En el Verbale del 26 de mayo del Comité Editorial, Venturi habla en primer lugar (y comienza con una amable ironía tan suya): “È tanto bello che sarebbe persino un peccato tradurlo. Scherzo! È un libro più di commento che di narrazione; curato ma originale per passione politica. Un libro a metà strada fra il saggio e l’opera storica”; y sobre la colección en la que publicarlo: “nei saggi direi. È un commento della storia latinoamericana ma è comprensibile anche a chi non conosce i fatti. Fino all’ultimo capitolo non invecchia, ma l’ultimo è politico e quindi soggetto a rapida obsolescenza”.⁴⁵ Seguía una discusión acerca de cuál colección era la más indicada para colocarlo, sin decisión.⁴⁶ Giulio Einaudi decide escribirle a

⁴⁴ Tulio Halperin Donghi, “Historia y larga duración: examen de un problema”, en *Cuestiones de Filosofía*, t. n° 2-3, 1962, pp. 74-96. Romano, que promovió la traducción del artículo en la revista de Giovanni Busino (*Cahiers Vilfredo Pareto*, luego *Revue Européenne des sciences sociales*) consideraba también a *Argentina en el callejón*, “un piccolo classico... un vero capolavoro”, cf. Scheda di Lettura, en Archivio di Stato di Torino (AST), Archivio Imprese e Società (AIS), Giulio Einaudi Editore, Corrispondenza con autori e collaboratori italiani, c. 215.

⁴⁵ AST, AIS, Giulio Einaudi Editore, Verbal Editoriali, cartella 5 [“Es tan bello que incluso sería un pecado traducirlo. ¡Bromeo! Es un libro más de comentario que de narración; culto pero original por su pasión política. Un libro a mitad de camino entre el ensayo y la obra de historia. (...) en los ensayos diría. Es un comentario de la historia latinoamericana pero comprensible también para los que no conocen los hechos. Hasta el último capítulo no envejece, sin embargo el último es político y por ende sujeto a una rápida obsolescencia”].

⁴⁶ “(Giulio) Einaudi: –*Storica* o *Saggi* o *PBE*? *Ho dubbi...*; (Corrado) Vivanti: –*A parte l’ultimo capitolo, basterebbe ampliare la bibliografia?*; (Giulio) Bollati: –*Può dire nella prefazione quello che dice in fondo. Potrebbe rivederlo per la Storica*; Einaudi: –*No, arrivi fino ‘a domani’, perché fermarci alla seconda guerra mondiale?*; Venturi: –*Metatevi in contatto col traduttore. Il libro in sè, non va mutato. Si tratterà di note, conclusioni e prefazione* [(Giulio) Einaudi: –*Storica* o *Saggi* o *PBE*? Tengo dudas... (Corrado) Vivanti: –*Más allá del último capítulo, ¿bastaría con ampliar la bibliografía?* (Giulio) Bollati: –*Puede decir en el prefacio lo que dice al final. Lo podría revisar para la Storica*; Einaudi: –*No, que llegue ‘hasta mañana’, ¿por qué detenerse en la segunda guerra mundial?*; Venturi: –*Pónganse en contacto con el traductor. El libro en sí mismo no hay que cambiarlo. Se tratará de notas, conclusiones y*

Ruggiero Romano, consultor externo del Comité. La respuesta de este, cuyas relaciones con Venturi eran oscilantes, es nuevamente significativa: “*questione Halperin. Molto francamente credo che abbia ragione Venturi. Io non conosco il libro ma immagino come H. l’ha scritto e non credo che gli renderemmo un gran servizio a piazzarlo nella ‘Storica’. Penso invece che ne verrebbe fuori un bel P.B.E. Non ch’io sia per la storia togata. Ma, poiché la ‘Storica’ è togata il libro di H. stonerebbe*”.⁴⁷

El episodio puede ayudar, creo, a pensar tanto ese decenio halperiniano como el funcionamiento del campo académico argentino (y sus climas culturales y políticos), si mirados desde otro contexto en el que imperaban otras reglas. Y no se quiere aquí, tampoco, laudarse entre ensayo y libro de historia, ni compartir el celo erudito venturiano, sino simplemente indicar cuánto las fronteras entre esos géneros son no solo borrosas sino variables según los contextos. Ociosidades, se dirá. Finalmente, casi simultáneamente (29 de julio), los militares intervendrían la Universidad, Halperin renunciaría inmediatamente y comenzaría su prolongada expatriación.

5 El destino que Halperin deliberadamente había eludido en 1953 (y nuevamente en 1955, ante el ofrecimiento de Raimundo Lida de enseñar un período en Harvard) tocaba a la puerta en 1966. La contingencia lo llevaba en 1967, tras los infaltables cursos en Montevideo, a Harvard. Nuevos contextos, nuevas reglas y un rebalanceo de las relaciones entre sus distintas vías de intervención en la vida académica y cultural. También nuevas sociabilidades aunque, durante el período de Harvard, pudiese conservar una parte de su firme núcleo de amistades forjadas en el mundo académico reformista: al menos Cortés Conde estaba en Yale y Nicolás Sánchez Albornoz había recalado en la NYU y una pequeña sociabilidad argentina se reconstruía en la costa Este norteamericana. En la Universidad de Harvard (donde estaba por otra parte Gino Germani, otro nostálgico de la Argentina) las cosas no fueron fluidas. Aunque no conozcamos cuáles eran sus relaciones con Stuart Hughes (a la sazón el director del Departamento de Historia) o con Barrington Moore, Alexander Gerschenkron, Michael Postan o David Landes, algunos de las figuras relevantes del área, imaginamos que no fueron intensas (al menos Harvard tardaba en confirmarlo). En cualquier caso, implicaban un gran cambio con respecto a la turbulenta Buenos Aires.

El azar hizo que encontrase allí en 1967 a Franco Venturi, que estaba como *Visiting*. Un Venturi que, si había manifestado dudas sobre aquel manuscrito, no las tenía sobre el talento

prefacio]”, *ibid*. El libro será publicado en la PBE [Piccola Biblioteca Einaudi]. En el prefacio a la segunda edición Halperin parece haber tomado nota de las observaciones de Venturi sobre el último capítulo; por otra parte, decide reemplazarlo por uno nuevo que será el penúltimo en la nueva versión. Cf. Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea...*, *op. cit.*, pp. 7 y ss.

⁴⁷ Ruggiero Romano a Giulio Einaudi, París, 5/6/1966, en AST, AIS, “Corrispondenza autori italiani”, 178.1 [“Cuestión Halperin. Muy francamente creo que tiene razón Venturi. Yo no conozco el libro pero me imagino como H. lo escribió y no creo que le haríamos un gran servicio al ponerlo en la ‘Storica’. Pienso en cambio que saldría un bello P.B.E. [Piccola Biblioteca Einaudi]. No es que yo esté a favor de la historia con toga pero dado que la ‘Storica’ es con toga el libro de H. desentonaría”]. Romano concluía: “*Se poi lo si vuole mettere assolutamente nella ‘Storica’, bene: ma è indispensabile un’introduzione (breve una decina di pagine) di cui mi incaricherei volentieri. Presenterei l’H. e soprattutto insisterei sulla storia come presente* [Si al final se lo quiere poner sí o sí en la ‘Storica’, está bien: pero es indispensable una introducción (corta, una decena de páginas) de la cual me encargaría de buena gana. Presentaría a H. y sobre todo insistiría en la historia como presente]”.

de Halperin. Como escribió a su amigo Leo Valiani, entre los mejores de por allí estaba Halperin “molto simpatico e intelligente”.⁴⁸ Venturi, el antiguo exiliado, intentó ayudar al reciente expatriado y comenzó a presionar a Einaudi y colaboradores para que publicaran prontamente el libro que estaba en una “impasse”.⁴⁹ Entre las razones: que le habían pedido (se supone que en Harvard) la publicación de un nuevo libro o la indicación explícita de que se lo habían solicitado. Entraba así Halperin en un mundo dominado por un tipo de lógicas que, si no se las quiere denominar absurdas (y a las cuales estamos comenzando a habituarnos), se las puede denominar diferentes. De todos modos, no esperó la resolución de su situación y, en el contexto favorable de la expansión de las cátedras latinoamericanas en Inglaterra como resultado del nuevo interés por el subcontinente que había generado la Revolución Cubana, decidió aceptar el ofrecimiento de dirigir el Latin American Centre de Oxford. Allí, donde estaba ya Ezequiel Gallo, una de sus primeras iniciativas fue invitar a Juan Oddone, como otra prueba de que las relaciones rioplatenses seguían en el centro de sus preferencias. Con todo, tampoco en Oxford iba a encontrarse a su gusto y razones tanto familiares como culturales pueden haberlo alentado a abandonar el puesto rápidamente. Según Malcom Deas, que era uno de los miembros del Centro, Halperin era “*a keen and often amused observer of the vagaries of the University and of many of its inhabitants*”.⁵⁰

El año 1971 abriría varias opciones a Halperin: volver a la Argentina a la Facultad de Filosofía y Letras, donde se le ofreció concursar la cátedra de Historia Social, o incorporarse al Instituto Di Tella o bien dirigirse a la Universidad de Berkeley. Por mucho que lo atrajese la Argentina, y lo atraía (en casa de Romero daban por casi seguro su retorno a la UBA), era ciertamente difícil dar un salto en un contexto tan incierto como aquel.⁵¹ Halperin, que no compartía, ya desde antes, las ilusiones desprevenidas de tantos por entonces, parece haber leído con admirable perspicacia las acechanzas de la situación. Optó así, aunque la decisión pudo no ser solo suya, por lo que alguna vez llamaría el “soñoliento idilio” de la Universidad de Berkeley.⁵² Una elección que perduraría por más de cuarenta años.

No es posible aquí seguir esos años, manos más expertas podrán hacerlo. Baste consignar algunas observaciones demasiado obvias y generales. La primera es la centralidad que volvía a adquirir la profesión de historiador, y no porque el ensayo o la intervención cultural desapareciesen de sus inquietudes, sino porque el contexto institucional y espacial así lo imponía (y además imponía una mirada externa, no interna, sobre la Argentina). Será en Berkeley donde finalmente confluirían en 1972 todos aquellos esfuerzos fragmentarios de los años sesenta, en esa obra maestra que es *Revolución y guerra*, obra que lleva en sí todas las marcas de los distintos períodos a lo largo de los que fue escrita, como las diferencias en la cantidad y variedad

⁴⁸ Franco Venturi a Leo Valiani, Cambridge (MA), 23/11/1967, en Leo Valiani y Franco Venturi, *Lettere, 1943-1979*, Florencia, La Nuova Italia, 1999, p. 350.

⁴⁹ Franco Venturi a Giulio Einaudi, Cambridge (MA), 11/67. En AST, AIS, Giulio Einaudi, “Corrispondenza...”, c. 215.

⁵⁰ Véase <<http://www.area-studies.ox.ac.uk/remembering-tulio-halper%C3%ADn-donghi-1926-2014>> [“un entusiasta y a menudo divertido observador de las extravagancias de la Universidad y de muchos de sus moradores”].

⁵¹ La propuesta procedió del entonces decano interventor, Angel Castellán, como parte de un intento de reincorporar al grupo renunciante en 1966. Un testimonio de la propuesta y de lo cerca que estuvo Halperin de aceptarla: “en casa de Romero me enteré de la estupenda noticia de la presentación a Social y de que tu vuelta es un hecho. ¿Ya estás nombrado?”. Juan Oddone a Tulio Halperin, Montevideo, 14/6/1971, AO, AGU (Uruguay).

⁵² “Por aquí reacostumbrándome al soñoliento idilio de Berkeley”, Tulio Halperin a Juan Oddone, Berkeley, 9/9/1978, AO, AGU (Uruguay).

de la documentación de soporte de las distintas secciones, y que en el pesimismo que permea sus conclusiones parece mostrar el signo de los nuevos tiempos de la atribulada Argentina.⁵³ Será también allí donde produciría la obra suya que puede considerarse más clásica en términos del canon erudito: *José Hernández y sus mundos*. Obra que, en aquella Xerox humeante en la Freie Universität de Berlín, muestra también hasta qué punto las condiciones para el ejercicio del oficio del historiador habían cambiado con su estancia en los Estados Unidos, donde las posibilidades que brindaba un marco institucional estable y admirables bibliotecas encontraban su contraparte en la lejanía de los archivos y en las carencias de las hemerotecas (de las que ilustra abundantemente la correspondencia con Oddone).⁵⁴

Con todo, los años de Berkeley, que lo llevaron a un irresistible avance hasta la cima de los estudios académicos de historia latinoamericana en las dos Américas, no lo domoñaron más que lo mínimo necesario y no modificaron sustancialmente aquella burckhardtiana voluntad de conocerlo todo y aquella tendencia a dispersarse en los temas más variados; y si en 1985 aparecía el “Hernández”, dos años después se publicaba *El espejo de la historia*, miscelánea de trabajos de los diez años precedentes que incluían ponencias en simposios tan diversos –desde “Literatura y mercado” (en Washington) hasta otro sobre la novela de dictadores (en Maryland).⁵⁵ Presencia que era para él un modo también de encontrar allí a sus amigos exiliados dispersos en los rincones americanos, pero que atestigüa, a su vez, la pervivencia de aquellas miradas largas de conjunto surcadas por mojones que aquí y allá sirven para organizar itinerarios intelectuales. Y por otra parte, también persistían aquellos ensayos sobre la Argentina contemporánea, en especial sobre el enigma peronista, al que volvía una y otra vez con versiones más complejas, que trataban ahora de radicarlos en tendencias también de cada vez más largo plazo del pasado argentino (y todavía, sus anuales visitas a la Argentina con ese generoso prodigarse en cursos, conferencias, charlas, notas y entrevistas).

En esas décadas en que la historiografía cambiaba no quiso sumarse a las modas que surcaban la academia más que con pequeños guiños que indicaban que las conocía y más bien guardó hacia ellas una fina ironía. Quizá porque lo que él dijo una vez de Marc Bloch (“el papel del historiador de vanguardia ofendía sin duda, a la vez que su sobrio buen gusto, su no menos sobrio buen sentido”), bien podía aplicársele.⁵⁶ A lo sumo lo que podría señalarse es su acoplarse a la pérdida de centralidad de la historia económica y una creciente importancia en sus trabajos de ideas e intelectuales, lo que, desde luego, no era ninguna novedad en él, sino un retorno quizá con nuevas estrategias a su registro inicial. Así, el gran renovador de la historiografía argentina, y quien más hizo para evitar que en los últimos cincuenta años esta se despeñase en la barbarie o en el estólido cronicón, no lo fue desde una apelación a las incesantes novedades historiográficas que surcaron el último medio siglo sino desde un talento excepcio-

⁵³ Me permito remitir aquí a Fernando Devoto, “En torno de *Revolución y guerra* de Tulio Halperin”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 15, 2011, pp. 169-175.

⁵⁴ Tulio Halperin Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985 (la referencia es a los papeles que había reunido Alejandro Losada). Entre las carencias, véase, a modo de ejemplo, la larga búsqueda de una colección completa de *Marcha* para un ensayo sobre Carlos Real de Azúa. Numerosas referencias en la correspondencia entre Halperin y Oddone, por ejemplo, Juan Oddone a Tulio Halperin, México, 25/9/1978 y Tulio Halperin a Juan Oddone, Berkeley, 25/10/1978.

⁵⁵ Tulio Halperin Donghi, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

⁵⁶ Tulio Halperin Donghi, “La cuantificación en historia...”, *op. cit.*, p. 187.

nal, con un conjunto de instrumentos que eran ya algo antiguos cuando comenzó a aplicarlos y con una obra que estaba bien alejada de las formas ortodoxas de ejercicio académico de la profesión y bien cerca del humanismo de los clásicos. Y lo logró también gracias a aquella pasión por la Argentina que fue siempre tan suya, en sus afectos, en sus desvelos y en sus problemas.

Como escribió en 1981 a su amigo Oddone: “Respondo demasiado tarde a tu carta, desde tu vieja dirección (recibirla desde allí no sé por qué me emocionó bastante; supongo que a todos nos gustaría estar de vuelta en casa”).⁵⁷ □

Fuentes primarias

Archivo General de la Universidad de la República (Montevideo).

Archivio di Stato di Torino (Italia).

Archives Fernand Braudel, Maison des Sciences de l’Homme, París (hoy Fonds Fernand Braudel, Institut de France, París).

Bibliografía

Braudel, Fernand, “Benedetto Croce et l’Histoire”, en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 6, n° 1, 1951.

Cantimori, Delio, “Epiloghi congressuali”, publicado originalmente en *Società* (1955) y reproducido en Delio Cantimori, *Studi di storia*, Turín, Einaudi, 1976, vol. III.

Cortés Conde, Roberto, Tulio Halperin Donghi y Haydée Gorostegui de Torres, *Evolución del comercio exterior argentino*, vol. I: *Exportaciones*, Parte Primera, 1864-1930, Buenos Aires, s/d. [1965].

Chabod, Federico, “Croce Storico”, en *Rivista Storica Italiana*, LXIV, 1952 (reproducido en Federico Chabod, *Lezioni di metodo storico*, Bari, Laterza, 1978).

Daix, Pierre, *Braudel*, París, Flammarion, 1995.

De Frede, Carlo, “Croce e l’Archivio di Stato di Napoli”, en *Per la storia del mezzogiorno medievale e moderno. Studi in Memoria di Joel Mazzoleni*, Nápoles, Pubblicazioni degli Archivi di Stato, 1998.

Devoto, Fernando, “En torno de *Revolución y guerra* de Tulio Halperin”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 15, 2011.

Gemelli, Giuliana, *Fernand Braudel e l’Europa Universale*, Padua, Marsilio, 1990.

Halperin Donghi, Tulio, *El pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.

—, “Panorama della storiografia argentina”, en *Rivista Storica Italiana*, LXIV, IV, 1952.

—, “Historia y geografía en un libro sobre el Mediterráneo”, Buenos Aires, *La Nación*, 29/6/1952.

—, Reseña de B. Croce, *Storiografia e idealità morale; conferenze agli alumni dell’Istituto per gli Studi Storici di Napoli e altri saggi*, Bari, Laterza, 1950 [*Imago Mundi*, I, n° 5, 1954].

—, “Un conflicto nacional: moriscos y cristianos viejos en Valencia”, *Cuadernos de Historia de España*, n° XXIII-XXIV, 1955, pp. 5-115 y n° XXV-XXVI, 1957, pp. 83-250.

—, “Recouvrements de civilisations: les Morisques du Royaume de Valence au xviiè siècle”, en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 11, n° 2, 1956.

⁵⁷ Tulio Halperin a Juan Oddone, 12/6/1981, en AO, AGU (Uruguay).

- , “Crisis de la historiografía y crisis de la cultura”, en *Imago Mundi*, III, n° 11-12, 1956.
- , *El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Cátedra de Historia Social, Serie Ensayos de Historia Social, 3 [1961].
- , *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, CEAL, 1985 (primera edición, 1961).
- , *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.
- , “Historia y larga duración: examen de un problema”, en *Cuestiones de Filosofía*, I, n° 2-3, 1962.
- , “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)”, en *Desarrollo económico*, vol. 3, n° 1-2 (9/10), abril-septiembre de 1963.
- , “Storia e storiografia dell’ America Coloniale Spagnola”, *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 1, 1964.
- , *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.
- , “La cuantificación en historia: trayectoria y problemas”, en Francis Korn, *Ciencias Sociales: palabras y conjeturas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.
- , *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985.
- , *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- , *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1988.
- , “La historiografía en la hora de la libertad”, reproducido en Tulio Halperin Donghi, *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- , “Presentación”, en *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.
- , *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Kracauer, Siegfried, *Prima delle cose ultime*, Casale Monferrato, Marietti, 1985 [trad. esp.: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2010].
- Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Lefort, Claude, “Histoire et Sociologie dans l’Œuvre de Fernand Braudel”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. 13, 1952, pp. 122-131.
- Méndez, Alicia, *El Colegio. La formación de una elite meritocrática en el Nacional Buenos Aires*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
- Revel, Jacques y Nathan Wachtel, “Un École pour les sciences sociales”, en Revel y Wachtel (eds.), *Un École pour les sciences sociales*, Paris, Editions de l’EHESS, 1996.
- Rossi, Pietro, “Dal quarantacinque al sessantotto”, en Italo Lana (a cura di), *Storia della Facoltà de Lettere e Filosofia dell’Università di Torino*, Città di Castello, Leo. S. Olschki, 2001.
- Valiani, Leo y Franco Venturi, *Lettere, 1943-1979*, Florencia, La Nuova Italia, 1999.
- VV. AA., *Une leçon d’histoire de Fernand Braudel. Chateauballon/octobre 1985*, París, Flammarion, 1985.

Resumen / Abstract

Para una reflexión sobre Tulio Halperin Donghi y sus mundos

El artículo explora la trayectoria historiográfica de Tulio Halperin Donghi con especial atención a su formación intelectual, a su idea de la historia y a la interacción entre su itinerario profesional y los diferentes contextos en los que se desplegó. La perspectiva elegida sugiere que esa trayectoria no fue lineal ni autosuficiente y que sobre ella incidieron en mucho los avatares institucionales y políticos de la Argentina en el período que le tocó vivir. El artículo sugiere, asimismo, que sus propias opciones en el campo intelectual oscilaron entre la colocación académica, a la que lo orientaba su pasión por la historia, y la intervención en el debate público de ideas, a la que lo orientaba su pasión por la Argentina.

Palabras clave: Halperin Donghi - Historiografía - Historia - Argentina

Towards a reflection on Tulio Halperin Donghi and his worlds

This article explores the career as historian of Tulio Halperin Donghi, giving special attention to his intellectual education, to his vision of history, and to the interaction between his professional itinerary and its historical contexts. This perspective suggests that Halperin Donghi's career was influenced by the institutional and political circumstances experienced by Argentina during his life. This article also suggests that as an intellectual, he oscillated between an academic life oriented by his passion for History and the public debate of ideas regarding collective matters in Argentina.

Keywords: Halperin Donghi - Historiography - History - Argentina

